

**Reflexiones Críticas  
Sobre la llamada Crisis de  
los Partidos Tradicionales**

**Rodrigo Losada Lora**

# Reflexiones Críticas Sobre la llamada Crisis de los Partidos Tradicionales

Rodrigo Losada Lora\*

Parece existir un consenso bastante extendido entre los comentaristas de los medios de comunicación de masas, entre los políticos que se valen de los mismos, entre los intelectuales y otros dirigentes del país, que los partidos tradicionales colombianos, el conservador y el liberal, están en crisis. A continuación se intenta resumir, así sea de modo parcial, los síntomas y las causas propuestas de dicha crisis, se hacen explícitos algunos de los supuestos fundamentales de las opiniones expresadas, y se escrutan tales supuestos a la luz de la ciencia política contemporánea. Es que no pocas veces se esgrimen argumentos, y se hacen afirmaciones, sobre la mencionada crisis, que escasamente pueden compaginarse con varios de los hallazgos extensamente documentados de dicha ciencia.

## A. Síntomas y causas de la crisis

Antes de entrar en materia es oportuno distinguir entre dos clases de crí-

ticas de los partidos tradicionales, los extremos y los moderados. Los primeros, quienes casi en su totalidad pertenecen políticamente a la extrema derecha o a la extrema izquierda, hablan de una abierta descomposición de los partidos, o de todo el sistema en el que éstos actúan, hasta el punto de no creer posible su recuperación<sup>1</sup>. Su posición luce definitiva y el desenlace que prevén es el golpe miliar, el gobierno dictatorial y/o la revolución socialista. Los segundos creen posible una revitalización de los partidos tradicio-

---

Silva de Rojas. Por supuesto, la responsabilidad de este informe es exclusiva de su autor.

<sup>1</sup> Sirvan como ejemplo las obras de Luis Corsi Otálora, *De la democracia al partido único*, Bogotá, Tercer Mundo, 1970; Diego Montaña Cuéllar, *Colombia — País Formal y País Real*, Buenos Aires, Platina, 1963, esp. pp. 218-225; Orlando Fals Borda, *La Subversión en Colombia*, Bogotá, Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo, 1967, esp. pp. 203-237; Marco Palacios, *El Populismo en Colombia*, Bogotá, Edic. El Tigre de Papel, 1971, esp. pp. 79-103; Antonio García Dialéctica de la Democracia, Bogotá, Edic. Cruz del Sur, 1971, pp. 71-193 y 263; Francisco Leal Buitrago, *Análisis Histórico del Desarrollo Político Nacional, 1930-1970*, Bogotá, Tercer Mundo, 1973, esp. pp. 185-193 y 263; y algunos de los interlocutores de la reciente serie de programas sobre "Los partidos políticos de Colombia: Su presente y su futuro", presentada a través del espacio televisivo "El Juicio" en marzo y abril, 1977.

---

\* Este artículo se benefició de las críticas y sugerencias hechas por los doctores Antonio Barreira Carrasquilla, Juan Sebastián Betancur Escobar, Carlos Caballero Argáez, Hernando Gómez Buendía, Jorge Ospina Sardi e Ignacio Restrepo Abondano, S.J., y por la doctora Alicia Eugenia

nales y sus argumentos son los que aquí se considerará<sup>2</sup>.

Al preguntársele a estos críticos moderados qué les mueve a pensar en una crisis de los partidos conservador y liberal, suelen señalar uno o varios de los siguientes indicios: 1) Los partidos tradicionales han perdido arrastre electoral; las masas ya no los respaldan copiosamente en las urnas como otra. 2) Dichos partidos sufren agudas divisiones internas y carecen de una dirección nacional activa, visible y respetada. 3) La representación parlamentaria de los mencionados partidos es un conjunto desarticulado y errático; ni apoya sólida y eficazmente al presidente cuando le corresponde, ni ofrece alternativas de gobierno leales y bien definidas. 4) Los partidos tradicionales carecen de programas propios y lo suficientemente diversos, como para ofrecer verdaderas alternativas a los sufragantes.

Si se indaga a los mismos críticos qué ha causado un tal estado de cosas, es frecuente escuchar la referencia a uno o varias de las siguientes causas: 1) Los partidos tradicionales han perdido su identidad ideológica y las consiguientes fronteras que los diferenciaban entre sí; ello en buena parte se debe, dicen estos críticos, a su escaso éxito electoral y su pobreza de programas. 2) Tales partidos han sido presa de una clase dirigente incapaz y egoísta, que sólo piensa en sus intereses personales y en el botín burocrático que pueda

repartir entre sus seguidores; de ahí, continúan los mismos críticos, la desarticulación de la respectiva representación en el Congreso, las divisiones internas, la carencia de una vocería erigida y autorizada, y la aparente desilusión de los electores con los partidos. 3) Los partidos están internamente desorganizados, no se respeta su reglamento interno, hay un hábito generalizado de indisciplina, y se carece de recursos; por ejemplo, no existen los recursos humanos y económicos necesarios para hacer posible una comunicación mutua efectiva entre la masa partidista y sus líderes, el control de aquélla sobre éstos, o la formulación de programas realistas de acción.

## B. Algunas presuposiciones y su validez

Esta identificación de síntomas y de causas, así no sea siempre factible distinguir unos de otras, parece fundarse en una serie de supuestos raramente admitidos, que merecen explicitarse y someterse a crítica. Así se hace a continuación con cuatro de ellos, sin que el orden en que se mencionan implique una jerarquía de importancia entre los mismos. Dichas presuposiciones son: 1) Es posible una diferenciación ideológica entre los partidos<sup>3</sup>. 2) Es posible que los partidos políticos formulen e implanten, cuando lleguen al gobierno, programas específicos de acción. 3) Pueden surgir mejores dirigentes de los partidos, al menos en comparación con los actuales. 4) Es posible organizar internamente los partidos. 5) A estas presuposiciones se añadirá una quinta, que generalmente se encuentra en el origen de la trascendencia atribuida a las cuatro anteriores,

<sup>2</sup> Por ejemplo, las ponencias presentadas por Gregorio Becerra Becerra, Hugo Escobar Sierra, Abel Naranjo Villegas, Eduardo Santa y Jaime Vidal Perdomo al Coloquio sobre Los Partidos políticos, organizado por la Universidad Externado de Colombia en 1968; ver *Los Partidos Políticos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1968; Eduardo Caballero Calderón, "Friedad electoral", *El Pueblo*, Febrero 22, 1976; editorial "La esterilidad 'política' de los partidos", *El Siglo*, Marzo 18, 1976; editorial "Los dos deterioros", *El Espectador*, Marzo 2, 1976; editorial "No todo ha de ser preocupación electoral", *El Tiempo*, Marzo 2, 1977; editorial "Los partidos se retiraron de la política", en *La Otra Opinión*, Editoriales de El Siglo, 1976, *Populibrio* No. 59, pp. 57-61. Así mismo algunas de las afirmaciones hechas por participantes en los programas televisivos referidos en la nota anterior.

<sup>3</sup> Por partido político se entiende aquí todo grupo que, bajo una etiqueta común públicamente conocida y no importando su grado de organización, busca elegir para cargos públicos a uno o más de sus integrantes. Sobre las dificultades de definir operacionalmente partido político ver Leon D. Epstein, *Political Parties in Western Democracies*, London, Pall Mall Press, 1967, pp. 9-13; idem, "Political Parties" en Fred. I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science*, Addison-Wesley, 1975, pp. 229-234.



y que reza: sin partidos ideológicos, programáticos y organizados no puede desarrollarse ni subsistir la democracia.

1. *Primera presuposición: es posible una diferenciación ideológica entre los partidos*

La aceptación o rechazo de esta presuposición depende, en un primer paso, de lo que se entienda por ideología. Pero precisamente aquí yace una fuente de graves e incesantes malentendidos. Porque pocos conceptos existen, tan usados en la literatura sociológica y política, tan aparentemente claros pero en realidad tan confusos, como el de ideología<sup>4</sup>. De ahí que sea difícil en extremo saber con precisión qué quieren decir los críticos de los partidos tradicionales cuando los tachan de carecer de ideologías propias y definidas. De ahí, también, que cualquier debate sobre las ideologías de los partidos corra el riesgo de convertirse en una acalorada y estéril discusión entre habitantes de la 'Torre de Babel'.

Se podría pensar a modo de hipótesis que cuando se habla entre nosotros de las ideologías de los partidos, generalmente se hace referencia a unos conjuntos armónicos de ideas fundamentales que impelen a la acción, ideas que reflejan una concepción específica

de los valores individuales y de las metas de la sociedad. Si se acepta esta hipotética definición-resumen, o una parecida, conviene preguntarse si en un sistema bipartidista como el nuestro pueden en realidad diferenciarse ideológicamente los partidos políticos. La respuesta es que ello resulta a la larga casi imposible<sup>5</sup>.

Porque, por un lado, en prácticamente todo sistema bipartidista el afán de conquistar una mayoría de votos en las elecciones impele, al parecer perentoriamente, a los partidos hacia una atenuación de sus diferencias ideológicas. Un político generalmente busca obtener más votos o más apoyo que cualquiera de sus contendores. Para lograrlo se ve de ordinario impelido a ser ambiguo, a limar posiciones o aristas ideológicas que puedan antagonizar a algunos de sus simpatizantes, y a usar slogans o frases generales que despierten una reacción positiva en el mayor número de personas<sup>6</sup>. Esa presión se supone es más fuerte cuando se trata de partidos extremadamente heterogéneos, policlasistas, como los colombianos. Por algo se ha observado una decreciente diferenciación ideológica, en nuestros días, en Inglaterra entre conservadores y laboristas, en los Estados Unidos entre demócratas y republicanos, en Alemania entre demócratas-cristianos y social demócratas, en Austria entre el partido socialista y el partido del pueblo, etc<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Excluyendo la literatura marxista, el lector puede consultar la extrema variedad de definiciones de 'ideología' en Arne Naess, et. al, *Democracy, Ideology and Objectivity: Studies in the Semantics and Cognitive Analysis of Ideological Controversy*, Oxford, Basil Blackwell, 1956, pp. 141-176; Robert E. Lane, "The Meanings of Ideology" en Calvin J. Larson y Philo C. Wasburn (eds.), *Power, Participation and Ideology*, New York, David McKay, 1969, pp. 321-323. Para complementar la confusión, cabe indicar que existen no menos de cuarenta conceptos afines al de ideología, los cuales, dependiendo de los autores, en parte se superponen sobre éste o son sus sinónimos. Por ejemplo, para unos autores es posible distinguir operacionalmente entre: a) ideología, y b) doctrina, filosofía, mito, utopía, sistema de creencias, visión del mundo (Weltanschauung), sistema de valores, etc., mientras para otros no. Ver Robert E. Lane, "Patterns of Political Beliefs", en Jeanne N. Knutson (ed.), *Handbook of Political Psychology*, San Francisco, Jossey-Bass, 1973, pp. 83-84.

<sup>5</sup> Nótese que un sistema bipartidista no excluye la presencia de pequeños terceros partidos. Estos sí pueden llegar a profesar ideologías distintas de las que imperan en los partidos principales.

<sup>6</sup> Ver Kenenth A. Shepsle, "The Strategy of Ambiguity: Uncertainty and Electoral Competition", *American Political Science Review*, Nov. 66, 1972, pp. 555-568; Benjamin I. Page "The Theory of Political Ambiguity", *American Political Science Review*, No. 70, 1976, pp. 742-752.

<sup>7</sup> Ver L. D. Epstein *Political Parties*, op. cit., pp. 286-288; Anthony King, "Political Parties in Western Democracies", *Polity*, Winter, 1969, pp. 135-137; Frederick C. Engelmann, "Austria: The Pooling of Oppositions", en Robert A. Dahl (ed.), *Political Oppositions in Western Democracies*, pp. 260-283.

Por otro lado, para que surjan diferencias ideológicas entre los partidos mayoritarios, con sus respectivas concepciones diversas del hombre y de la sociedad, el medio social en que éstos se mueven debe aparentemente proporcionar las bases de esa diferenciación. Ello podría suceder, por ejemplo, en sociedades donde existe una notable y conflictiva diversidad de religiones, o agudas divisiones étnicas, culturales, lingüísticas, etc., o donde la población ha sido concientizada en términos de clases sociales<sup>8</sup>. Pero es árduo ver esas bases en un caso como el colombiano donde la sociedad está permeada por unos mismos valores religiosos y desconoce hoy en día masivos y agudos enfrentamientos culturales, étnicos, regionales o sociales<sup>9</sup>.

2. *Segunda presuposición: es posible que los partidos políticos formulen e implementen cuando lleguen al gobierno, unos programas específicos de acción*

Así parecen pensarlo muchos defensores o críticos moderados de los partidos tradicionales. A primera vista, quizás nadie, a excepción de los críticos extremos, les cuestione este punto de vista. Pero reflexionando un poco cumple imponer algunas precisiones y suscitara algunos interrogantes.

Como en el caso de "ideología", "programa" es otro concepto engañosamente sencillo. Quienes entre nosotros piden programas a los partidos parecen hablar de un conjunto bien estructurado de metas u objetivos específicos que los partidos deben proponer durante la campaña electoral y

perseguir celosamente cuando estén en el poder. Un problema con esta exigencia es que no existe un criterio generalmente compartido que permita discernir cuándo un objetivo es específico y cuándo no, y por ende, cuándo un programa es concreto y cuándo no<sup>10</sup>. Por ejemplo, si un partido sencillamente propugna por el 'fomento de la vivienda popular', sin detallar más el tema, no estará acaso proponiendo un objetivo específico? O deberá quizás para ser "específico", prometer algo más concreto, por ejemplo, que el 10% del presupuesto nacional se dedicará a la vivienda para las clases pobres? O algo todavía más detallado, como la construcción de 100.000 casas por año para las familias cuyos ingresos mensuales sean inferiores a los \$2.500? Lo que para uno puede ser un objetivo específico, para otro puede no ser más que un vago ofrecimiento.

Prescindiendo de una discusión semántica, quizás lo que se quiere decir cuando se piden programas a los partidos tradicionales es que éstos deben ser más concretos y sistemáticos en el enunciado de sus objetivos y más consecuentes en su prosecución de lo que han sido en el pasado. Pero, pueden serlo? La incómoda respuesta que se da a continuación es que en la práctica ello resulta poco menos que imposible. La dinámica de la competencia electoral entre dos partidos mayoritarios, y la naturaleza misma de la formulación de un plan de gobierno impelen drásticamente a los partidos a prescindir de verdaderos programas.

En cuanto a lo primero, la dinámica real de la vida política en los sistemas donde hay libre competencia entre los partidos, y éstos son responsables, ha-

<sup>8</sup> Ver L. D. Epstein, *Political Parties*, op. cit. p. 262; Robert A. Dahl, *Pluralist Democracy in the United States*, Chicago, Rand MacNally, 1967

<sup>9</sup> La dificultad de los partidos para diferenciarse entre sí no impide el surgimiento de ideólogos en el seno de los partidos. Ellos se encuentran en prácticamente toda organización política. Su presencia, es obvio, no significa que los líderes o la masa de la organización comulguen necesariamente con las ideologías que aquellos proponen.

<sup>10</sup> Ver Charles Perrow, "Objetivos de las Organizaciones", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, 1975, pp. 475-476. Se omite aquí el ingente problema de hasta dónde una organización, en cuanto conjunto de individuos, puede tener unas metas compartidas colectivamente. Ver entre otros, Lawrence B. Mohr, "The Concept of Organizational Goal", *American Political Science Review*, No. 67, 1973, pp. 470-481.

ce extremadamente difícil el que los grandes partidos propongan programas u objetivos específicos, o más específicos de lo que acostumbran.

Es que, de modo semejante a lo anotado atrás respecto de las diferencias ideológicas, la pugna por conquistar una mayoría de los votos lleva a ofrecer metas muy generales, potencialmente atractivas al máximo posible de la población. Esta presión hacia la generalidad parece ser más fuerte en un sistema bipartidista que en uno multipartidista<sup>11</sup>. En la medida en que se restrinja la amplitud de los objetivos que se ofrecen, se corren riesgos electoralmente inaceptables para un partido o para un candidato. Por ejemplo, el de descubrir cuán pequeño o cuán incierto es el beneficio que cada elector puede esperar de la meta propuesta. El de antagonizar aquellos que, en la lucha por los escasos recursos, van a percibir sus preferencias postergadas o sus intereses en peligro. El de facilitarle al adversario la identificación de las contradicciones entre las promesas hechas a unos y las promesas hechas a otros, o entre los diversos elementos de un mismo programa<sup>12</sup>.

En cuanto a lo segundo, el formular e implementar un programa o plan de gobierno, o algo que se le asemeje, es de una naturaleza tal que los partidos políticos no tienen la capacidad de hacerlo ni les conviene. Porque un partido, lo mismo que un gobierno, no puede, si es responsable, proponer una política sectorial pasando por alto su in-

cidencia en otros sectores de la acción gubernamental. Propugnar por una reforma de la seguridad social, para dar ejemplo, sin tener en cuenta sus repercusiones en el gasto público, en el desarrollo de la industria privada, en los fenómenos migratorios, etc., o sin considerar la disponibilidad de recursos humanos, técnicos, informáticos, y financieros para llevarla a cabo, bien puede censurarse de irresponsable.

Si se quiere que los partidos presenten programas, éstos tienen que incluir una consideración madura y coherente de toda o casi toda la actividad gubernamental. Ahora bien, no es ni mucho menos claro que los partidos posean los medios de formular programas de esa naturaleza<sup>13</sup>. Ello requiere una abundancia de información detallada y un equipo polifacético de expertos del que normalmente sólo disponen los gobiernos o entidades especializadas<sup>14</sup>. Más aún, ello exige un proceso lento de maduración, de integración, y no pocas veces aún de ensayos prácticos, lo cual parece sobrepasar la capacidad no sólo de los partidos colombianos sino la de cualquier partido político contemporáneo.

Por otro lado, no hay que olvidar que el proceso de toma de decisiones complejas, como el que se requiere para la aprobación de un plan de gobierno, no es algo que se suela y pueda desarrollar en un breve lapso y considerando todos los elementos del problema al mismo tiempo. Los estudios de dichos procesos enseñan que ellos se hacen paso a paso, atendiendo a unos elementos primero para luego atender a otros,

<sup>11</sup> En un sistema multipartidista cabe más fácilmente la posibilidad de que un partido, sin ser necesariamente irresponsable, ofrezca objetivos muy específicos. Pero ello es viable solamente con respecto a sectores de la población pequeños y homogéneos, con los cuales el partido especialmente se identifica. Entre mayor es la heterogeneidad de los sectores de la población que se pretenden conquistar, mayor es la presión para que se propongan objetivos generales e imprecisos.

<sup>12</sup> Ver al respecto Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, New York, Harper and Row, 1957, esp. pp. 135-137; V. O. Key, *Politics, Parties, and Pressure Groups*, New York, Crowell, 1964, esp. pp. 462-485.

<sup>13</sup> No se considera aquí hasta qué punto la formulación de programas puede llegar a lograrse mediante un proceso de participación popular y democrática. Ello parece extremadamente improbable. Ver las ilustraciones que da Samuel J. Eldersveld, *Political Parties*, Chicago, Rand McNally, 1964, capítulos 8, 15 y 19; L. D. Epstein, *Political Parties in Western Democracies*, op. cit., cap. XI.

<sup>14</sup> Ver Evron M. Kirpatrick, "Toward a More Responsible Two-Party System: Political Science, Policy Science, or Pseudo-Science?", *American Political Science Review*, No. 65, 1971, pp. 969-971.

dando un paso después de observar lo que sucedió con el paso anterior, y urgiendo en cada momento concreto sólo aquello que es políticamente viable<sup>15</sup>.

Todavía más, pedir a un partido objetivos muy específicos en todos, o aún en muchos, campos de acción gubernamental, suponiendo que ello fuese posible, puede imponerle un lastre onerosísimo, de graves consecuencias, cuando llegue al gobierno. Es que si un partido se compromete con un programa en la época electoral, es evidentemente para cumplirlo. Pero el gobernar requiere de una gran libertad de acción para adaptarse a las cambiantes circunstancias e incrementar así la probabilidad de acertar en medio de ellas. Si un partido se amarra a los compromisos públicos de un programa previo, corre el riesgo de cometer los más crasos errores por falta de flexibilidad. Y si no está dispuesto a cumplir los programas a fin de poder adaptarse a las circunstancias, entonces para qué hacerlo? Hay, además, ocasiones en donde el logro de un beneficio social sólo puede obtenerse merced a una acción sorpresiva y rápida, por ejemplo, en el caso de una reforma tributaria que implique realmente la redistribución de los ingresos o de una reforma urbana que hiera seriamente los intereses de muchos grandes propietarios.

Finalmente, en un sistema bipartidista y de partidos policlasistas resulta realmente arduo el que los partidos propongan e implementen programas específicos propios de cada uno<sup>16</sup>. Si los dirigentes de los dos partidos buscan en un momento dado acomodarse a

las expectativas y deseos electorales, tal como es posible que lo quieran por lo menos en época electoral, sus programas van a tender a coincidir. Si la población urbana de escasos recursos económicos está angustiada, por ejemplo, con el incesante alza en el costo de la vida, cómo es posible que los dos partidos no planteen como objetivo el freno a dicha alza? Lo mismo se diga de otras necesidades fundamentales de los diversos sectores de la población.

Entonces se está diciendo aquí que los partidos en Colombia no pueden ser más concretos en la especificación de sus metas? No, ni mucho menos. Bien cabe esperar que los partidos puedan en algunos casos dar mayor especificidad a sus metas, pero no hasta el punto de presentar un verdadero programa de gobierno. Esperar esto último no parece realista ni sensato<sup>17</sup>.

Implica todo lo dicho anteriormente sobre ideologías y programas que los partidos tradicionales colombianos no pueden diferenciarse? Tampoco, si bien parece muy problemático que pueden divergir en términos de ideologías o de programas, lo pueden lograr en función de la capacidad, personalidad y honestidad de sus líderes, de la solidaridad del partido para con éstos, de las ejecutorias pasadas de cada partido, y de las prioridades que en principio acuerden sus líderes a algunos grandes objetivos sociales. Esta diferenciación es al parecer lo que corresponde a las realidades concretas del mundo político contemporáneo, y ella sola es suficiente para dotar de sentido y de racionalidad la lucha entre los partidos<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Ver Charles E. Lindblom, *The Intelligence of Democracy*, New York, The Free Press, 1965; idem, *The Policy-Making Process*, Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1968.

<sup>16</sup> Ejemplos concretos de esta dificultad pueden verse en Allan Konberg y Robert C. Frasure, "Policy Differences in British Parliamentary Parties", *American Political Science Review*, No. 65, 1971, pp. 694-703; Robert C. Fried, "Party and Policy in West German Cities", idem, No. 70, 1976, pp. 11-24.

<sup>17</sup> Por escasez de tiempo no se considera aquí el álgido problema de hasta qué punto la mayoría de los electores tienen interés, información y elementos de juicio suficientes para discernir con un mínimo de prudencia entre diversos programas de gobierno.

<sup>18</sup> Entre otras razones porque los sufragantes, al votar por un candidato, no necesariamente están de acuerdo con todos sus planteamientos y programas. "Todo lo que revela una elección estrictamente hablando es la primera preferen-

3. *Tercera presuposición: pueden surgir mejores dirigentes de los partidos, al menos en comparación con los actuales*

Antes de discutir esta suposición, conviene indicar que ella fundamenta una imputación lanzada a menudo contra los líderes tradicionales de los partidos, según la cual éstos son los principales responsables de la crisis de los partidos. La imputación, sin embargo, atribuye a los líderes una capacidad de influencia sobre la naturaleza de los partidos que no se compagina con la realidad. La naturaleza de los partidos políticos, como de cualquier otra organización compleja, está determinada por todo un intrincado conjunto de factores, internos y externos a la organización, de los cuales las virtudes y defectos de los líderes son sólo una porción, y no necesariamente la principal<sup>19</sup>.

En cuanto a la presuposición recién enunciada, no existe certeza alguna que quienes entren a substituir a los dirigentes actuales de los partidos vayan a ser mejores que éstos. Pueden serlo, como pueden resultar iguales o peores. Entre otros motivos porque, si bien es posible descubrir algunos aspirantes a posiciones de liderazgo más capaces o más honestos que determinados líderes actuales, el proceso de selección de líderes no posee mecanismo alguno, en los partidos colombianos y en los de cualquier otro país, para asegurar que esos aspirantes sean finalmente escogidos<sup>20</sup>. En la pugna in-

terna por el liderato de una organización compleja, quien gana es quien logra el mayor respaldo de los sublíderes o de los forjadores de opinión de la organización. Ahora bien, la realidad es que con frecuencia ese respaldo lo puede obtener un individuo independientemente de sus méritos morales o de su aptitud para el cargo.

4. *Cuarta presuposición: es posible organizar los partidos políticos*

Una vez más hay que llamar la atención a la imprecisión de los conceptos. Qué entienden por "organizar los partidos" quienes hablan de ello? No es claro. Muchos parecen abogar por el establecimiento de unas asociaciones de masas cuyos socios posean algún tipo de cédula de afiliación, asistan regularmente a reuniones, y contribuyan económicamente al partido. Desean así mismo, asociaciones abiertas a nivel de base a todos los que quieran ingresar en ellas, pero cuyos niveles intermedios y superiores se reserven a los que ya han desempeñado algún oficio a nivel de las bases o sean elegidos por éstas. Buscan, en fin, asociaciones con un sistema de autoridad bien definido y respetado, con mecanismos expresamente reglamentados e igualmente acatados para la selección de los dirigentes, con un núcleo permanente de personas que desarrollen ciertas actividades especializadas del partido (indocctrinación, entrenamiento de nuevos líderes, conservación de archivos, recolección sistemática de información sobre problemas que exigen una toma de posición del partido, manejo de los dineros comunes, etc.).

En general, quienes echan de menos una mayor organización de los partidos tradicionales parecen tener como modelo a algunos partidos europeos, socialistas, comunistas o fascistas que fueron en la primera mitad de este siglo ejemplares relativamente acabados de organización<sup>21</sup>. Al respecto convie-

cia de algunos ciudadanos de entre los candidatos a un cargo público" (mi traducción), Robert A. Dahl, *A Preface to Democratic Theory*, Chicago, The University of Chicago Press, 1956, p. 125.

<sup>19</sup> Ver por ejemplo, Anant R. Neghandi (ed.), *Modern Organizational Theory: Contextual, Environmental, And Socio-Cultural Variables*, The Kent State University Press, 1973; y los artículos sobre "Liderazgo y Ejecución de Funciones de Grupo", en Dorwin Cartwright y Alvin Zander (eds.), *Dinámica de Grupos*, México, Trillas, 1974, pp. 329-436.

<sup>20</sup> Consultar por ejemplo, Robert D. Putman, *The Comparative Study of Political Elites*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1976, pp. 45-70.

<sup>21</sup> Maurice Duverger, un politólogo francés bastante leído entre nosotros, da a entender que en los



ne recordar que la forma y grado de organización de un partido depende en parte substancial del medio socio-cultural en que éste existe, de los hábitos y tradiciones políticas de la sociedad, de la estructura del gobierno, del sistema electoral, etc. No se puede transplantar los esquemas de organización de un sistema político a otro en forma indiscriminada, so pena de fracasar.

Ahora bien, el medio socio-cultural y político colombiano parece ser un poco favorable a la organización estricta de los partidos. En general, los colombianos somos muy poco dados a organizarnos o dejarnos organizar. Testimonio de ello es la ingente dificultad que se ha experimentado por doquiera para extender el movimiento sindical, las asociaciones comunales, religiosas, de usuarios campesinos, de padres de familia, y cualquier otro tipo de asociación<sup>22</sup>.

Por otra parte, nuestra historia política enseña la indisciplina y el personalismo en la vida de los partidos. Los militantes de éstos parecen estar más dispuestos a ir y venir detrás de sus líderes regionales y de las fluctuantes alianzas de éstos, que a aceptar con lealtad y disciplina las disposiciones de una autoridad nacional de partido, las pocas veces que ésta ha actuado<sup>23</sup>.

---

países desarrollados existe una fuerte tendencia hacia la formación de partidos de masas altamente organizados. La evolución de los partidos en esos países en los últimos años no confirma el parecer de Duverger. Ver su *Les partis politiques*, París, Colin, 1951; y L. D. Epstein, *Political Parties in Western Democracies*, op. cit., capítulos 5, 6 y 9.

<sup>22</sup> Ver al respecto, por ejemplo, Miguel Urrutia Montoya, *Historia del Sindicalismo en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1969; Ronald L. Hart, *The Colombian Acción Comunal Program: A Political Evaluation*, Tesis de Ph. D., inédita, Universidad de California, Los Angeles, 1974.

<sup>23</sup> Ver, por ejemplo, Mario Latorre, *Elecciones y Partidos Políticos en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1974, esp. pp. 251-271; James L. Payne, *Patterns of Conflict in Colombia*, New Haven, Yale University Press, 1968, pp. 185-237.

La notable preeminencia del Presidente en nuestro sistema político hace que las elecciones presidenciales constituyan una competencia que de sobra justifica los máximos esfuerzos por parte de los partidos. En su comparación, las elecciones de concejales, de diputados y aún de congresistas revisten una importancia bastante menor. En esas circunstancias, es muy difícil mantener una organización de masas activa en el lapso que va de una campaña electoral por la presidencia a la siguiente. Dificultad a la cual se añaden los otros factores recién mencionados. Por eso, querer imponer una extensa y estricta organización a los partidos mayoritarios colombianos no parece corresponder a la realidad socio-política del país. Si ello es así surge en algunos la angustia que en parte recoge la siguiente presuposición.

5. *Quinta presuposición: sin partidos ideológicos, programáticos y organizados no puede desarrollarse ni subsistir la democracia*<sup>24</sup>

Parece que esta presuposición es fundamental para entender la trascendencia que los críticos moderados atribuyen a la llamada crisis de los partidos. El supuesto se funda en una concepción racionalista idealizada del hombre y de la democracia. Según ésta, los ciudadanos de la sociedad democrática escogen libremente entre las alternativas de gobierno que les ofrecen los partidos. Estos a su vez deben distinguirse aún ideológicamente, no sólo con el fin de ofrecer verdaderas opciones a los electores, sino porque lo que cuenta en la vida política son los principios y las ideas. Los partidos deben también poseer, según esta concepción, una organización bien estructurada y eficiente, donde todos los

---

<sup>24</sup> Por partido programático se entiende aquí aquel que periódicamente no sólo produce un documento llamado "programa" sino invita a sus seguidores a que evalúen las ejecutorias de sus líderes contrastándolas con los objetivos propuestos en el programa.

miembros del partido puedan informarse de los problemas nacionales, de las alternativas de solución para los mismos, expresar sus preferencias, y tener oportunidad de designar libremente a sus líderes.

Una vez más la realidad de la vida política es diferente de la que proponen algunos filósofos de la política. Los hombres son bastante menos racionales e interesados por la política de lo que supone esta concepción, aún en los países que se consideran como prototipo de la democracia<sup>25</sup>. La democracia se ha desarrollado y subsistido pujante aún en países totalmente desprovistos de partidos ideológicos, programáticos y organizados. El ejemplo por excelencia lo constituyen los Estados Unidos. La democracia se desarrolló allí bajo un régimen de partidos desarticulados, clientelistas y no pocas veces permeados por la corrupción<sup>26</sup>. Y subsiste no obstante el que los partidos nunca han adquirido una estructura estable, jerárquica, funcionalmente diferenciada, donde participen activamente la mayoría de quienes admiten pertenecer a ellos<sup>27</sup>. La ausencia de partidos rigurosamente organizados también caracteriza las democracias de Australia, Canadá, Nueva Zelanda, etc.

### C. Conclusión

Lo dicho anteriormente no pretende ser una defensa del 'status quo' de

los partidos tradicionales, sino una llamada de atención, sujeta a rectificaciones, para que el análisis de la situación actual de dichos partidos sea más ponderado y realista. No sólo algunas presuposiciones en que se funda ese análisis son por lo menos discutibles, como atrás se indicó, sino lo son también algunos de los síntomas de la crisis de esos partidos, y por ende, el concepto mismo de "crisis". Esto último ya no se puede desarrollar aquí, pero conviene esbozarlo.

Entre los síntomas mencionados al inicio de este artículo figura uno, muy mentado por cierto, que no debe dejarse repetir sin crítica. Es el que hace referencia a una supuesta pérdida de arrastre electoral de los partidos tradicionales. El sereno estudio de las estadísticas electorales de 1930 hasta la fecha permite constatar que el país no ha tenido, como regla general, la tendencia a votar en proporciones mayores a las observadas, habida cuenta de los diversos comicios electorales en los últimos siete años, de 1970 en adelante<sup>28</sup>. No ha existido una época dorada de gran participación electoral. No hay, pues, lugar a la queja de que los partidos tradicionales han perdido arrastre electoral.

Los otros síntomas que se indicaron anteriormente, divisiones, desorganización de los partidos, carencia de programas, etc., si bien indiscutibles como hechos, son características permanentes, no nuevas, de los partidos tradicionales colombianos, y de muchos otros países. Cabe, entonces, ante la presencia de fenómenos inveterados hablar de "crisis"? Puede ser que ésta exista, pero aparentemente no con respecto a rasgos consuetudinarios de los partidos.

<sup>25</sup> Ver, por ejemplo, Angus Campbell et al., *The American Voter*, New York, Wiley, 1960, esp. cap. 8; Fred I. Greenstein, *The American Party System and the American People*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1970, cap. 3.

<sup>26</sup> Ver, William N. Chambers, *Political Parties in a New Nation*, New York, Oxford University Press, 1963; James C. Scott, *Comparative Political Corruption*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1972.

<sup>27</sup> Ver, por ejemplo, S. J. Eldersveld, *Political Parties*, op. cit., capítulos 13-16 y 22.

<sup>28</sup> Ver, Rodrigo Losada, *Las Elecciones de Mitaca en 1976: Participación Electoral y Perspectiva Histórica*, Bogotá, FEDESARROLLO, 1976, p. 10.